FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA, 17 de julio de 2015

MESA REDONDA: “**La rivalidad**”

Participantes: Dra. Marina Grus, Lic. Elsa Lanfri, Dra. María Adamo

Participación de María Adamo

“Un preceptor occidental que trabajaba en Sudáfrica en la educación de niños indígenas, pensando que podría acceder a un buen espacio comunicativo con ellos a través del deporte, les propuso como primer ejercicio correr hacia un árbol cercano, agregando que el que llegara primero recibiría, como premio, una bolsa de caramelos. Para su sorpresa, los niños, antes de partir, se tomaron de las manos y corrieron juntos.”

Luis Chiozza, *¿Por qué nos equivocamos?* (2008, pág. 37)

Según el diccionario (DRAE), el término *rival* designa a la persona “*que compite con otra, pugnando por obtener una misma cosa o por superar a aquella*”, mientras que *rivalidad* es “*la enemistad producida por emulación o competencia muy vivas*”. Esta palabra deriva de “río”, lo cual lleva a pensar, como señala Chiozza (2008), que en sus orígenes designaba una actitud de disputa por el uso del agua respecto del habitante de la otra ribera. De manera que la vivencia originaria inherente a la rivalidad sería la de tener que luchar con otro por la posesión de algo que no alcanza para ambos. Tal como destaca Chiozza, la rivalidad se manifiesta en una conducta, pero lleva implícito un sentimiento de enemistad.

El concepto de “rivalidad” aparece en el psicoanálisis junto con el descubrimiento del Complejo de Edipo (Freud, S., 1900a [1899]). En este contexto, el término designa la actitud del niño pequeño hacia el padre, quien, según sus vivencias, interfiere en la posibilidad de conseguir el amor de la madre. Es decir que, según Freud, los celos fundamentan la rivalidad, en tanto el niño tiene la vivencia de que existe “una sola mujer para dos hombres” y que para obtener el amor de la madre tiene que vencer y eliminar al padre. Esto se complica porque, como sabemos, el niño también siente amor hacia el padre, con quien, a su vez, desea y necesita identificarse.

Chiozza (1977b) realiza una contribución fundamental para la comprensión de las vicisitudes inherentes al Complejo de Edipo a través del análisis en el que plantea el “falso privilegio del padre” en este complejo. El autor (Chiozza, L., 2008) explica que el pretendido privilegio que tiene el padre por sobre el hijo –poder acostarse con la madre- es en verdad producto de un malentendido, ya que el padre tampoco pudo, al igual que el hijo, acostarse con *su propia madre*. Elaborar este malentendido permite que padre e hijo se “hermanen” frente a una prohibición compartida y que el hijo pueda identificarse de manera más completa con el padre, siguiendo el mandato que puede formularse de este modo: *“Así (como el padre) debes ser, no debes copular con tu madre así como él no ha copulado con la suya”* (pág. 31). Chiozza concluye que la rivalidad que deriva del Complejo de Edipo extrae parte de su fuerza de este falso privilegio que, *“alimentando la idea de una pretendida injusticia, encuentra un pretexto para la enemistad”* (Ídem). Explica que cuando el hijo sostiene este malentendido, es porque en verdad es él quien pretende gozar de un privilegio como el que le atribuye al padre, lo cual, como señala Chiozza, configura un modelo del sentimiento de injusticia que vemos en la sociedad frente a ciertas situaciones que sólo en apariencia son injustas. Entiendo que esta necesidad de reclamar un “privilegio” que nos permita obtener algo que, en el fondo, sentimos que no nos corresponde, nace de una profunda sensación de carencia y debilidad que, como veremos luego, está contenida en lo que plantea Chiozza acerca de la “primera falta”.

Gustavo Chiozza (2006) ilumina desde un nuevo ángulo el concepto clásico de la angustia de castración cuando plantea que *“la verdadera castración proviene del sentimiento de debilidad e impotencia que experimenta el niño frente al ideal que proponen estas nuevas pulsiones genitales”* (pág. 99). Explica que el niño se siente insuficiente frente a la madre y que, como señala Chiozza, de aquí nacen las fantasías de tener un pene pequeño. Tal como lo formulan Chiozza y Grus, detrás de la rivalidad edípica se encuentra una ambición que, *“en tanto inoportuna, es tan imposible como lo es, para el niño, depositar una simiente de la cual todavía carece”* (Chiozza, L., y Grus, R., 1993h [1978-1992], pág. 170).

Freud (1924d) plantea que en condiciones “normales” el Complejo de Edipo es “sepultado”, o sea reprimido “exitosamente”. Últimamente el Dr. Chiozza¹ ha remarcado la idea de que este complejo retorna a la conciencia bajo la forma de afectos que son tan ubicuos que solemos considerarlos “normales”, pero que en verdad expresan la falta de elaboración de estos contenidos. Se trata de la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa, afectos que él denomina “gigantes del alma”, debido a la importancia y a la fuerza que tienen en nuestras vidas.

¹ Comentarios realizados en varias ocasiones durante este año, particularmente en ocasión de la mesa redonda “La envidia”, realizada en la Fundación Chiozza el 29 de mayo de 2015.

Sabemos que el psicoanálisis describe diferentes etapas del desarrollo libidinal, en las cuales distintos órganos adquieren primacía, imponiendo su modalidad cualitativa a la descarga de la excitación. El Complejo de Edipo y los sentimientos de rivalidad descritos por Freud se desarrollan en simultaneidad con la fase fálica, un período en el que, como señala el autor (Freud, S., 1923e), los niños manifiestan un fuerte interés por los genitales, por lo cual esta etapa es también llamada “genital primaria”. Pero este interés tiene la particularidad de que, para ambos sexos, el genital masculino cobra un papel central, al punto de que los objetos se dividen, a los ojos del niño, en “fálicos” o “castrados”, según él crea que poseen o no dicho genital².

Es importante el énfasis que pone Chiozza (2008) en aclarar que lo que se valora en esta etapa no es el “pene”, en tanto órgano genital masculino “real”, sino el “falo”, que es un pene de características “monumentales”. Es decir que durante esta fase el pene adquiere, en las fantasías infantiles, esta representación, *“alcanzando la categoría de un símbolo mítico que – tal como lo testimonian obras de arte, obeliscos, edificios o monumentos de culturas antiguas y modernas- es frecuentemente representado con dimensiones descomunales”* (pág. 32). Freud explica que, a partir de esta concepción “fálica”, la niña siente envidia del pene que posee el varón, mientras que este último experimenta angustia frente a la posibilidad de perderlo, vivencia que el psicoanálisis denomina “angustia de castración”.

Chiozza subraya que un punto importante en esta constelación de vivencias es el hecho de que, si bien varones y mujeres registran las sensaciones de excitación provenientes de sus órganos genitales, el varón puede además *percibir* estos últimos. La niña, en cambio, sólo puede percibir sus órganos genitales externos. *“En palabras más simples, la vagina y el pene se sienten, pero sólo el pene y, hasta cierto punto el clítoris, se pueden ver y tocar”* (Chiozza, L., 2008, pág. 33).

Tal como destaca Chiozza, la etapa genital primaria, que confunde “masculino” con “fálico” y “femenino” con “castrado”, da lugar a la creencia equivocada de que a la mujer “le falta algo”, algo valioso que constituye fuente de intenso placer y de potencia. Esto promueve no sólo la rivalidad dentro de un “triángulo” entre dos hombres y una mujer –o viceversa-, sino que además fundamenta y sostiene la rivalidad *entre* hombres y mujeres. Así, se desconoce la complementariedad y la mutua necesidad de ambos sexos, que en cambio se consideran “opuestos”. Chiozza (2008) explica que *“el punto esencial de (esta) contienda gira en torno de*

² Melanie Klein (1932) y otros autores se ocuparon luego de señalar la existencia de un “erotismo vaginal inicial” en la niña, aunque esto no invalida la vigencia del concepto de una primacía fálica ni la importancia de las vivencias que ésta conlleva.

una falsa alternativa que no admite más que dos opciones, un triunfo que nos obliga a lidiar con la culpa o una derrota que nos obliga a soportar la humillación” (pág. 34). Se trata de un callejón sin salida, en el cual se anula el valor de la colaboración y de la capacidad de “secundar”, porque esto es visto como sinónimo de derrota y castración.

En la participación de hoy, quiero detenerme en este punto de la rivalidad entre el hombre y la mujer, para intentar comprenderla un poco mejor. Es muy habitual que veamos parejas en las que ambos integrantes se critican mutuamente –a veces de manera explícita y otras veces de un modo más solapado-, empeñándose en demostrar la supuesta inutilidad del otro. Tal como señala Chiozza, el mismo hecho de llamar “opuesto” al sexo complementario revela lo instalada que está la temática de la rivalidad dentro del consenso en el que vivimos. El autor subraya que, a diferencia de lo que ocurre con otros afectos, como la envidia, la rivalidad parece tener “buena prensa” en nuestra sociedad y suele ser confundida con un desarrollo saludable. Así, por ejemplo, suele confundirse a la “competitividad” con la “competencia”. Sin embargo, la diferencia es fundamental, ya que mientras la primera pone el énfasis en la disposición para la contienda que se establece a partir de la rivalidad, la segunda destaca la capacidad para realizar algo. Para decirlo de manera esquemática, en la competencia, la importancia radica en la tarea que se está realizando, mientras que en la competitividad, lo principal consiste en triunfar sobre el otro, al punto que, como subraya Chiozza, la motivación se agota cuando el rival fracasa.

Durante la discusión del trabajo “Algunas reflexiones acerca de cómo perturba la fijación fálica la genitalidad de la mujer” (Busch, D. y Schejtman, G., 2007), el Dr. Chiozza planteó que, a su parecer, en nuestra sociedad, la raíz más habitual y más profunda de la dificultad de la mujer para alcanzar el orgasmo se vincula con el predominio de la etapa fálica. Explicó que dentro del paradigma propio de la genitalidad primaria es inevitable que se instale la desconfianza en la pareja, porque uno siente que la única alternativa es derrotar al otro o ser derrotado. Entonces si uno se acerca a su partenaire amorosamente, asegurándole que no va a salir perjudicado, en el fondo siente que le está mintiendo, porque uno está convencido de que si no sale perjudicado él, va a salir perjudicado uno.

En este sentido, me pareció interesante que el término “subyugar”, que significa por su etimología “meter a alguien bajo el yugo”, quiere decir “sojuzgar, dominar poderosa o violentamente” y también “embelesar”. Podríamos pensar que, dentro del malentendido inherente a la etapa fálica, el sujeto siente que la atracción que experimenta hacia el partenaire representa el peligro de quedar “bajo su yugo”, dominado y humillado.

En el caso de la rivalidad entre el hombre y la mujer se ve claro cómo la cuestión varía según dónde ubique uno “el límite” de su yo. Así, por ejemplo, como destaca el Dr. Gustavo Chiozza³, cuando una mujer “fálica” siente que ha logrado “castrar” a su esposo, desde un punto de vista lo experimenta como un triunfo, pero desde otro ángulo esto configura una derrota porque, en definitiva, siente que ahora tiene un marido impotente y que esto la transforma a ella misma en “castrada”.

Vimos que por su etimología, el término “rivalidad” parece significar originariamente la disputa entre dos “pares” por un mismo bien, que no alcanza para los dos. Teniendo esto en cuenta, resulta llamativa la rivalidad que se despliega entre el hombre y la mujer que configuran una pareja. Podemos entender que un hombre rivalice con otro por el amor de una mujer, o viceversa. Pero cuando la rivalidad surge *entre* los miembros de una pareja, ¿cuál sería “el bien” que se están disputando?

Chiozza (1983f [1982]) plantea que *“hoy se habla, demasiado a menudo, de igualdad, confundiéndola con la equivalencia, cuando es obvio que dos cosas pueden ser equivalentes sin necesidad de ser iguales, como sucede con los dos guantes que integran un par. (...) Es un dudoso beneficio, para una mano izquierda, que se le otorgue precisamente el guante que corresponde a la otra”* (pág. 89). Este ejemplo revela de manera gráfica el sinsentido inherente a la rivalidad entre hombres y mujeres. Y, sin embargo, esta contienda existe y llega a menudo a tomar grandes dimensiones. Veamos un poco más.

En la película “La guerra de los Roses”, comentada por la Lic. Dorrit Busch, se muestra esta temática en un ejemplo extremo. Oliver y Bárbara se conocen durante una subasta de antigüedades en la cual compiten por una estatuilla de porcelana. Tal como señalaba Busch, Bárbara se muestra implacable y logra triunfar, llevándose la estatuilla, mientras que a Oliver se lo ve humillado e impotente frente a esta derrota. A partir de este primer encuentro comienza una relación de pareja entre ambos; los vemos teniendo relaciones genitales en posiciones casi acrobáticas, durante las que ella tiene varios orgasmos. Pero pronto la relación se vuelve conflictiva y ambos empiezan a asumir actitudes denigrantes hacia el otro. A Bárbara se la ve decidida, exhibiendo su agilidad física —es profesora de gimnasia— y regalándole un auto al marido, a quien vemos en otras escenas como una figura más débil, que se queda cuidando a los hijos mientras ella se va a trabajar. Busch señala que para Bárbara la guerra se declara abiertamente durante una cena con socios de Oliver, en la cual

³ Comentarios realizados por el Dr. Gustavo Chiozza durante las reuniones de grupo de estudio coordinado por él.

él se muestra particularmente despreciativo hacia ella, haciéndola quedar como una tonta frente a los invitados.

No es raro que esta crisis, prefigurada ya en su primer encuentro, se vuelva aguda cuando los hijos crecen y abandonan el hogar. Al principio el vínculo parecía funcionar bien, pero en realidad estaban negando el conflicto, “postergándolo” para más adelante. Cuando el tiempo pasa y la presencia de los hijos ya no encubre la disputa entre los cónyuges, ésta se vuelve innegable y escala hasta adquirir dimensiones trágicas. Bárbara le plantea a Oliver su deseo de divorciarse y entonces comienza una pelea encarnizada en torno a quién se quedará con la casa. En un momento, Oliver le dice que está dispuesto a dejarle la casa, si ella le entrega la estatuilla. Pero ella no cede. La historia termina cuando, en medio de una pelea, tienen un accidente con una lámpara colgante y, finalmente, ambos mueren.

Durante la discusión de aquella presentación, el Dr. Chiozza planteó que esta historia, que podría parecer de amor, es en realidad una historia de rivalidad, en donde la ternura brilla por su ausencia. Explicó que lo que había fundado a esta pareja y lo que daba lugar a la intensa rivalidad que experimentaban era la necesidad de encontrar en el otro un testimonio de la propia autoestima. Esto me parece interesante, porque uno podría pensar que entonces “el bien” por el que ambos disputan es precisamente esta autoestima que, dentro del paradigma de la rivalidad, no “alcanza” para ambos. Así, la única manera de fundamentar que ella es valiosa, es demostrando que él es un inútil, y viceversa. Lo dramático es que no pueden separarse, porque justamente se necesitan para demostrarse una y otra vez que “el tonto” es el otro. Se quieren separar, pero llevándose la autoestima, que es lo que ninguno está dispuesto a “entregar”. En aquella ocasión, el Dr. Chiozza destacó que un vínculo que se construye sobre esta necesidad de que el otro aporte la propia autoestima a la larga no puede sostenerse, y que únicamente pueden unirse bien las personas que aportan a la relación una autoestima “razonablemente sana”. Tal como lo hemos escuchado decir en varias oportunidades al Dr. Gustavo Chiozza⁴, la autoestima, como la palabra lo indica, es algo que no puede ser aportado “desde afuera”, por un tercero, sino algo que se construye a partir de lo que cada uno es capaz de realizar por sí mismo.

Chiozza plantea que son *“los sentimientos preexistentes de impotencia y castración, [los] que conducen al deseo perentorio de que el pene adquiera la significancia ‘monumental’ del falo”* (Chiozza, L., 2005c, [2003] pág. 156). Es decir que lo que en última instancia se busca conseguir –fallidamente- mediante el triunfo sobre el rival es subsanar una sensación de

⁴ Comentarios realizados en varias ocasiones durante las reuniones científicas de los días viernes y los seminarios de los días jueves.

carencia que no se puede soportar. Planteado en estos términos, se comprende que la rivalidad pueda desplegarse entre los integrantes de una pareja, porque “el bien” que está en juego es, como dijimos, la propia autoestima. En este sentido, al ocuparse del tema de “La guerra de los sexos”, Bianconi y Dayen (2005) plantean que *“(…) podemos observar que cuando lo que se halla en disputa conlleva la autoestima de los contrincantes, la valoración personal o, más aún, la vivencia de identidad o ‘tamaño’ del propio yo, nos encontramos con lo que literalmente denominamos una ‘batalla campal’”* (pág. 4).

Sabemos que en sus últimos desarrollos, Chiozza (2012) elaboró la metáfora de una “primera falta”, para referirse de una manera ampliada y en términos metahistóricos a lo que el psicoanálisis denomina “castración”. Esta “falta fundamental” consiste en el sentimiento de estar incompleto y de ser incapaz de conservar aquello que se siente propio y que se experimenta como imprescindible. Esto se representa muy bien en la vivencia del bebé frente al pecho que se mueve “a su propio antojo” y que escapa a su dominio. Esta “primera falta” es vivida como una dolorosa mutilación y, al decir del autor, *“puede ser contemplada como el origen de los sentimientos de envidia y celos, que a su vez conducen hacia la rivalidad y la culpa”* (pág. 149).

En la película que mencionamos, se ve cómo en el comienzo del vínculo el enamoramiento permite sostener la ilusión de que el otro viene a “llenar esta falta”, situación representada por ejemplo en los coitos “gimnásticos” y en los orgasmos múltiples de la mujer. Sin embargo, la rivalidad se encuentra presente desde el inicio, cuando pelean por la estatuilla en la subasta, y rápidamente se vuelve evidente en la relación. Tal como señaló el Dr. Chiozza en aquella oportunidad, pronto se instala la cuestión: ¿Mérito de quién son estos orgasmos múltiples? ¿De la capacidad propia de la mujer o de la potencia viril del hombre? Esto es algo a lo que ninguno de los dos está dispuesto a renunciar, porque eso equivaldría a ser derrotados y perder la autoestima.

Si lo planteamos de manera muy esquemática, podríamos pensar que la vivencia de esta “primera falta” despierta los sentimientos dolorosos de envidia y celos que tantas veces “nos consumen”. Sentimos envidia frente a alguien que, en nuestra fantasía, posee aquello “que nos hace falta”, y celos, ante la idea de que otro nos lo está quitando y se queda con ello. Como dijimos al hablar del falso privilegio del padre en el Complejo de Edipo, esto lleva a construir la idea de una injusticia que nos dé derecho a reclamar lo que sentimos que necesitamos, cuando, en el fondo, tenemos la oscura noción de que no nos corresponde.

La rivalidad es un afecto, pero también puede ser contemplada como una conducta estimulada por sentimientos de hostilidad frente al rival (Chiozza, L., 2008). En este sentido, podríamos comprenderla como una conducta que busca, dentro del malentendido inherente al Complejo de Edipo y a la genitalidad primaria, subsanar la falta y apagar los sentimientos de envidia y de celos a través del triunfo sobre el rival. Pero, tal como señala Chiozza, este camino conduce siempre al fracaso, ya que si uno es derrotado, vuelve a quedar inmerso en la envidia y en los celos de los que trataba de huir, y si uno triunfa, queda ahora atrapado en los sentimientos de culpa frente al rival humillado. O, formulado de otra manera que no es contradictoria con esta, la rivalidad siempre conduce a la culpa: culpa frente al yo en el caso de la derrota y culpa frente al rival en el caso del triunfo (Chiozza, L., 2005c, [2003], pág. 155). De manera que la única forma de salir de esta encrucijada es trascendiendo la rivalidad, elaborando el malentendido que la sostiene.

La elaboración del Complejo de Edipo implica poder trascender la genitalidad primaria para ingresar en la *“genitalidad secundaria, postambivalente, acerca de la cual podemos decir que es vaginal y receptiva, en hombres y en mujeres”* (Chiozza, L., 2005c, [2003], pág. 155). Silvia Bianconi (1995, 2002) se ocupó de estudiar en profundidad los significados inherentes a “lo vaginal”, llegando a conclusiones esclarecedoras. Así, por ejemplo, destaca el hecho de que donde más nos diferenciamos los seres humanos es en los órganos genitales, donde *“se acentúa la reciprocidad y por ende la desigualdad. (...) Un órgano genital, para cumplir con su función, requiere inevitablemente de su opuesto existente en otro individuo. El ‘organismo genital’, en nuestro nivel evolutivo, nunca es un sólo ser”* (Benítez de Bianconi, S., 2002, pág. 14). Explica que esta noción de incompletitud conlleva una herida narcisista y agrega que, en este sentido, *“es posible comprender que la vagina, que se siente pero no se ve, que no realiza ninguna ‘proeza’ demostrable, que ‘no existe’ hasta que no es descubierta por el órgano masculino, se presta para representar de manera elocuente la conciencia de la carencia, de la necesidad del otro y de la imposibilidad de la autosuficiencia”* (Ídem., pág. 24). La vagina, continúa la autora, puede arrogarse la representación del cuidado de lo masculino. De este modo, el ingreso en la etapa vaginal, que implica la aceptación de la inevitable necesidad del otro para poder existir, permite una mayor consideración del objeto, da lugar a la ternura y a la comprensión. La autora subraya que “lo vaginal” no es sólo algo femenino: *“En la oposición fálico-castrado, el pene no penetra a su necesario complemento, lo hace dentro de una fantasía anal-fálico-uretral, sin la adecuada integración genital, y en esa interpretación la penetración es sometimiento y lucha. Entonces, lo auténticamente peneano, ya no sería lo fálico, sería el pene con sensibilidad hacia la vagina, en donde la fantasía de castración, que corresponde a un deseo autosuficiente (...) sería inoperante”* (Ídem, pág. 25). De manera que el buen funcionamiento de los órganos genitales *“representa la unión que*

conduce al desarrollo, la complejidad y la aceptación de que se forma parte de un organismo que nos trasciende” (Benítez, S. y Dayen, M., 2004, pág. 25).

En este sentido también es interesante lo que plantean Margulis y Sagan (1997), y que luego retoman Bianconi y Dayen (2005), acerca de que la sexualidad surgió como una reacción frente a la necesidad de unirse a otro ser para poder sobrevivir a los estímulos nocivos del entorno. Pero, en el transcurso de la evolución, un requisito para poder lograr el enriquecimiento implícito en el intercambio genético inherente a la sexualidad, es la formación de células haploides. Los gametos de un sexo se unen con los del sexo complementario para volver a formar una célula diploide, que contiene la combinación de ambas cargas genéticas. Las autoras plantean que la meiosis expresa así el sentimiento de incompletitud y dependencia, en tanto hace evidente la necesidad de ambas “mitades” para formar un individuo completo.

Entiendo que estas representaciones aluden a la importancia de asumir la propia incompletitud y la necesidad del otro para existir, lo cual excede por supuesto el ámbito de la pareja y se extiende a todas las formas de convivencia. En relación a este punto, en ocasión de la reciente presentación de la mesa redonda “Los celos”⁵, el Dr. Chiozza volvió a enfatizar la importancia que tiene el malentendido según el cual “yo, para ser un ente completo, entero, tengo que ser más que yo”. Dijo que este malentendido surge por la necesidad de negar el hecho de que sólo podemos ser “siendo” con otros, que por eso nunca podremos sentirnos completos y que esto es normal. Pero como nos resulta tan difícil de aceptar, necesitamos negarlo y construir un “yo de placer puro” que nos permita tener la ilusión de que somos autosuficientes.

Sabemos que el camino del duelo, por más que sea largo y penoso, es el único que nos permite acostumbrarnos a la dolorosa idea de que nuestro yo no tiene las dimensiones exageradas que le habíamos atribuido. Pero recordemos que duelo no es sólo dolor, sino también enriquecimiento; así, encarar este camino nos ofrece la posibilidad de atemperar la fuerza de los cuatro gigantes del alma y de lograr una convivencia más armónica y fructífera con nuestros seres queridos, cuyo bienestar es, en definitiva, también el nuestro.

⁵ Fundación Chiozza, 19 de junio de 2015.

Bibliografía

CHIOZZA, Gustavo (2006)

Un psicoanalista en el cine, Libros Del Zorzal, 2006.

CHIOZZA, Luis (1977b)

“El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, en *Obras Completas*, t. III, Libros del Zorzal, 2008.

CHIOZZA, Luis (1983f [1982])

“Convivencia y trascendencia en el tratamiento psicoanalítico”, en *Obras Completas*, t. IX, Libros del Zorzal, 2008.

CHIOZZA, Luis (2005a)

Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa, en *Obras Completas*, t. XV, Libros del Zorzal, 2008.

CHIOZZA, Luis (2005c, [2003])

“El valor afectivo”, en *Obras Completas*, t. VII, Libros del Zorzal, 2008.

CHIOZZA, Luis (2008)

¿Por qué nos equivocamos? Lo malpensado que emocionalmente nos conforma, Libros del Zorzal, 2008.

CHIOZZA, Luis (2012)

El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros, Libros del Zorzal, 2012.

CHIOZZA, Luis y GRUS, Ricardo 1993h ([1978-1992])

“Psicoanálisis de los trastornos urinarios”, en *Obras Completas*, t. XI, Libros del Zorzal, 2008.

DRAE (1992)

Real academia española, diccionario de la lengua española, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

FREUD, Sigmund (1900a [1899])

La interpretación de los sueños, en *Obras Completas*, t. IV, Amorrortu Editores, 1976.

FREUD, Sigmund (1923e)

“La organización sexual infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)”, en *Obras Completas*, t. XIX, Amorrortu Editores, 1976.

FREUD, Sigmund (1924d)

“El sepultamiento del complejo de Edipo”, en *Obras Completas*, t. XIX, Amorrortu Editores, 1976.

KLEIN, Melanie (1932)

“Situaciones tempranas de ansiedad y su efecto sobre el desarrollo del niño”, en *El psicoanálisis de niños. Obras Completas, Volumen I*, Ed. Paidós, 1990.

MARGULIS, Lynn y SAGAN, Dorian (1997)

¿Qué es el sexo?, Editorial Tusquets, 1998.

Referencias bibliográficas:

Benítez de Bianconi, Silvia (1995)

“Acerca de lo vaginal y lo uterino (nociones preliminares)”, presentado en la Fundación Chiozza en septiembre de 1995.

Benítez de Bianconi, Silvia (2002)

“Acerca de lo vaginal”, presentado en la Fundación Chiozza el 24 de mayo de 2002.

Benítez, Silvia y Dayen, Mirta (2004)

“La genitalidad primaria y secundaria en el hombre y en la mujer”, presentado en la Fundación Chiozza el 16 de julio de 2004.

Bianconi, Silvia y Dayen, Mirta (2005)

“Por qué la guerra de los sexos. Algunas ideas para conversar”, presentado en la Fundación Chiozza el 21 de octubre de 2005.

Busch, Dorrit y Schejtman, Gloria (2007)

“Algunas reflexiones acerca de cómo perturba la fijación fálica la genitalidad de la mujer”, presentado en la Fundación Chiozza el 24 de agosto de 2007.